

## Recuerdos de infancia de Henry Corbin

El 14 de abril de 1903, en la avenida Bosquet N. 47 en París, nació el primer hijo de Henry Arthur Corbin y de Emilie Jeanne Eugénie Fournier. Lo llamaron Eugène Henry. Felicidad de corta duración, ya que diez días después la joven madre se moría. Sin poder soportar ver al responsable de su desdicha, Arthur encargó el cuidado del niño a una nodriza.

A la edad de ocho meses, el niño era aún tan débil que la hermana mayor de Arthur, la Sra. Amélie Petithenry indignada de esta falta de cuidados, asumiendo autoridad, lleva al niño con ella, sin el acuerdo del padre. Pocos años antes, Amélie se había casado con Emile Petithenry, hombre cultivado que trabajaba en “la Buena Prensa”. No tenían hijos y ocupaban un agradable apartamento en la calle Grenelle N. 46, en el segundo piso de un pequeño edificio cuya ventana de la cocina daba sobre el parque de la casa del duque de Castries. Muchos años más tarde, a la ocasión de una cena con el duque de Castries, Henry se acordó que a veces había admirado de la cumbre de su ventana a un joven muchacho de su edad que paseaba por ese bonito parque seguido de alguien que le cuidaba.

A Henry se le llevaba a veces a la calle Leclerc N.26 para que encuentre a su abuela materna. Muy vieja, rodeada de sus recuerdos, la primera impresión que causó en el niño fue de una gran tristeza. En aquel salón confortable, sin comprender la causa, el niño se sentía abrumado. Tanto que una vez, a los 5 años, se puso a gritar, luego a sollozar. No sabiendo cómo calmarlo, la abuela tuvo la feliz idea de presentarle la fotografía de una bonita dama diciéndole : Bésale. Intrigado, posiblemente, un poco seducido por el misterio de aquel beso, el niño se calmó. De esta manera, él regresará sin temor hacia su abuela para lanzar un vistazo sobre la “bonita dama”, su madre. Este hecho le puso muchas dudas, pues siempre había llamado a la Sra. Petithenry “madre”. Desde este día la semilla de la interrogación fue sembrada en él.

En efecto, poco tiempo después de este incidente mientras que en el jardín de sus abuelos paternos, a Grécy, su joven tía Adrienne le daba su baño, el niño le dijo: “No encuentras tú extraño? Tengo dos papás, pero una sola madre. Es extraño. ¿Mi Madre es talvez mi tía? Adrienne continuó a dar el baño al niño en agua fría y le respondió : “Quizás si...”

Cuando Henry cumplía la edad de 7 años, se enteró de su verdadera identidad. Fue más a menudo a visitar a su abuela maternal para hacerle preguntas. Pero ésta era poco locuaz y prefería en presencia de su nieto, mostrarle fotografías y describir la bonita silueta. Ella se apagó, solitaria, dejando a su único descendiente un pequeño ahorro. A la hora de su muerte, por la noche, un ruido violento despertó a Henry, en ese entonces estudiante, que vivía en la calle Daguerre. El hielo acumulado sobre la chimenea acababa de desplomarse y quebraba el piso con un ruido espantoso.

En verano, la familia se reunía con los abuelos paternos originarios de un pueblo de Normandía, les Pieux. Ellos se estaban construyendo una residencia en Grécy, en la región de Seine y Marne, cerca de Courbet. A Henry le gustaba el jardín con grandes árboles de tilo y la huerta. Del otro lado de la calle, frente a su habitación, se extendía una gran planta de rosas. En junio, cuando el sol se ocultaba más allá de este matorral florecido, el niño contemplaba este paisaje con encanto, con la impresión de alcanzar el límite máximo del infinito. En el día, encontraba dos alegres cómplices para la música y los juegos, su joven tía Adrienne y para los cuidados de la huerta, su abuelo un gastrónomo timador que a menudo se concedía una parte de la recolección antes de aportarlo a la cocina.

En París, en casa de los Petithenry, la vida era de lo más normal. Hubo momentos dolorosos como aquel día en que se decidió cortar al niño los bonitos bucles rubios antes de la entrada a la escuela La Rochefoucauld (en la esquina de la avenida Bosquet y de la calle Pierre Nicot). Hubo la fabricación de sus primeros diarios, con títulos premonitorios: “Luz celestial”, “Norte”. Sobre hojas de papel coloreado destinadas a cubrir los frascos de mermelada, pero cuyo formato había parecido adecuado al joven periodista, se volvían a copiar de los extractos cuidadosamente seleccionados en el diccionario Larousse o en otros libros. Esta redacción no se podía hacer sino el jueves, día de vacación escolar. Hubo ya en esta época, la obsesión “de los retrasos acumulados”. Acabado el Diario, la lectura se hacían a la tía, oyente hábida de escucharlo.

Henry recibía una revista infantil “Le cri cri”. Sobre la cobertura, enmarcado de líneas rojas, un dibujo con su leyenda. Uno de entre ellos representaba a un niño que caminaba sobre un camino desértico. Seguía la historia de este joven muchacho que iba a Teherán. Más lejos, otros dibujos ilustraban los “horrores de Tamerlan”. Teherán, Tamerlan, un niño solitario en un paisaje desértico. A estos temas, hicieron eco, más tarde, un versículo bíblico testigo de los momentos de melancolía: ¡“Vae Soli! quia si cadat neminem habebit sublivantem se”. “Desdicha a el que está solo, ya que si cae, no habrá nadie para levantarlo”.

Melancolía rápidamente barrida por un impetuoso impulso vital cuando Henry encontraba a su primo Robert Chanteloup, mayor para él con 5 años, en el pueblo de Pieux, pueblo normando de donde era su familia o de Santo Vaast el Hougue. De esta playa, Henry guardó el terrible recuerdo de un baño forzado en un mar congelado y una impresión de vergüenza debido a la aglomeración causada por los aullidos de un pequeño que se asfixiaba de frío y de indignación. Henry prefería las visitas a los primos Menant y Chanteloup con quienes se abrían su sensatez de campesino normando y un amor hacia la tierra. Con Robert, compartía el recuerdo de brincar a través de los campos y un almuerzo que había sido frustrado, víctimas de los principios estrictos de la querida tía Amélie. En efecto, ese día, el Petithenry invitados a Pieux, habían llegado con dos horas de retraso. A partir de la llegada, Robert había puesto a Henry a la corriente de la preparación de un conejo cuyo delicado olor lo había excitado toda la mañana. Pero en el momento de ponerse a la mesa, la tía Amélie, perentoria, había declarado que no se podía comer conejo a las tres horas de la tarde.

Gracias a su situación en la Buena Prensa, Emile Petithenry tenía una vida fácil, sobre todo teniendo en cuenta que estando durante el “pleito de los doce” el « hombre de paja » de los Asuncionistas, los que manifestaron siempre su gratitud. A principios del siglo, los Asuncionistas poseían en la calle François 1<sup>er</sup>, N.8 un edificio bajo catastro según la ley de 1905 pero cuya capilla y dependencias permanecían a disposición de la buena sociedad católica del barrio que se reunían los días festivos. En una de las salas se hallaba, una reserva de bonitos breviarios de tramos dorados que despertaba el deseo de Henry quien habría querido apropiarse de un ejemplar. El Padre Honoré, a pesar de su indulgencia con este joven camarada, lo amenazaba con “ los peores problemas con el Estado” si cometía una falta. En compensación el buen Padre le facilitaba las entradas a una sala de cine vecino. Pero allí, era la cajera que impugnaba la validez de las fichas dadas por el Padre Honoré. Ella no pudo sin embargo impedir a Henry adquirir así un agudo conocimiento cinematográfico.

Desgraciadamente Emile Petithenry sufría de problemas con sus riñones. Su salud se deterioraba año tras año. Se murió en 1912 o 1913. Su muerte hundió a Amélie, en el desconcierto a pesar del apoyo de las relaciones con la Buena Prensa. Ella no había podido adoptar a Henry debido a la oposición del padre que ahora se empecinaba en un silencio hostil. Los Asuncionistas sugirieron a Amélie hacer un viaje a Inglaterra donde podría encontrar un empleo en un colegio

católico. El viaje encantó a Henry. Nuevos camaradas, el grandor de los cantos litúrgicos, tantas recuerdos de un mundo distinto. ¡Desgraciadamente! el proyecto falló.

Henry regresa y encuentra su calle Grenelle, los amigos de la escuela La Rochefoucauld, el profesor de cálculo feliz de recuperar a su mejor alumno en cálculo mental. La guerra se acercaba y con ella, los años difíciles.

## Recuerdos de infancia de Stella Corbin

### Do néva

La casa en madera, de color verde, se eleva sobre la cuesta de una colina que desciende hasta el camino un poco más abajo aún hasta las piedrecillas donde la sensitiva crece a través de las piedras. El río se retrasa en aquel valle verde antes de enfrentarse al momento peligroso en el cual deberá cruzar el paso agitado para luego perderse en el Pacífico.

Delante de la casa hay un espacio libre confinado de hibiscus y cagnas. Allí se poparan los indígenas, los días festivos cuando vienen a “querer”, rendir homenaje, a nuestros padres. A la llamada del jefe, todo el pueblo, uno después del otro, se forma en una larga comitiva que avanza cantando. Mientras que los hombres disponen los regalos: largos ñames, cabezas de plátanos, aves, a veces de los objetos “antiguos” sagaies, hachas, monedas antiguas; las mujeres y los niños se despliegan sobre la izquierda. Colores abigarrados de las prendas de vestir de fiesta, flores colocadas en las largas cabelleras.

Día especial, para nosotros los niños. Con nuestras mejores galas de domingo, inmóviles sobre las marchas de la escalera, escuchamos los discursos y esperamos que se eleve el canto final que nos liberará, a nosotros y a nuestros jóvenes amigos indígenas, menos atentos que nosotros.

Entonces los juegos reanudarán. Carreras sobre las cuestas llenas de hiervas, partida de pesca con mi hermano en su barco y sobre todo el juego secreto con mi hermana Francine, el juego de las “pequeñas niñas caídas del cielo”. En preludio a este juego, basta que se susurre una pequeña frase mágica para que surja inmediatamente un mundo maravilloso. ¿Ke wi ma wi? ¿A dónde vas? Y nosotras propulsadas en nuestro universo donde todo se organiza para nuestro placer. ¿Nuestro reino? A la entrada del paddock un gran viejo árbol de naranjas. Nosotros montamos alegremente excitadas por las numerosas mariposas que vuelan alrededor del árbol. A través del follaje aparece la explotación con su gallinero. Paisaje familiar, tranquilizador. Pero del otro lado se extiende el bosque, inquietante con sus jabalíes. Felizmente, entre el bosque y nuestro naranjo se levanta una enorme roca, detenida en su caída como por arte de magia. ¿Quizá esta allí para señalar una frontera? A menos que sirva de máscara al temible jabalí, el único peligro posible. Al final de la jornada, asustadas, observamos a la sombra de la roca y nuestra emoción nos encubre otro temor: la llamada para cenar, la imperiosa vuelta a la trivialidad diaria, la desaparición de nuestro universo encantado.

Por la noche las pintarrojas, los méous, entran en la habitación. Colgadas a las cortinas, tienen su asamblea y pronto su murmullo me transporta en el bosque de niaoulis con su perfume profundo. Allí, muy lejos, hay una familia que nos colma de regalos. Hay una larga guerra cuyas noticias recibimos por “cable telefónico”. Es la hora trágica en que la angustia se lee sobre la cara de los padres. Cuando a veces estoy sola y debo tomar la comunicación, debo hacer un enorme esfuerzo para retener el nombre de los lugares donde se suministran las batallas, pero mi geografía es mínima, mezclo las localidades y tengo mucho mal en representarme aquel mundo distante, hasta el día en que una primera salida para Noumea, la Ciudad, con su escuela, me da un preliminares de lo que será la salida definitiva, dos años más tarde.

Adiós paraíso verde donde mal peinada, pies descalzos, yo saltaba con mis jóvenes amigos indígenas. Los objetos familiares de repente se apilan en el equipaje que invaden todas las habitaciones. ¡Bajo una pila de paños, en escondillas deslizo uno de mis libros preferidos, el único desgraciadamente! pero yo no puedo esconder a mi gran muñeca, objeto de mi orgullo. Se había decidido que ella permanecería en la estación misionero para los niños del sucesor. Enfrentada a este abandono, siento que mi universo se desmorona. ¿Irse, abandonar lo que se acarició, es eso la vida? ¿Otra catastrófica dificultad podría un día obligar a mis padres a

abandonar a uno de nosotros? Esta idea me martirizaba. Impaciente, yo sigo el movimiento. Sólo son dos días después de la salida del puerto de Noumea, en pleno mar, mi hermano seguramente cansado por este lloriqueo a sus lado, me dice con la seguridad del hermano mayor , de aquel que ya conoce la Francia: ¡“No se llora cuando se va a París! ”. Y yo replico: “mi vida se termina”. Una saludable carcajada explota, causada por mi grandiloquence. En efecto, como por arte de magia , el temor se ahuyenta de mi. Mi mirada se detiene por fin sobre los otros niños que juegan sobre el puente. Llena de una brusca curiosidad, tengo deseo de mezclarme a sus juegos, de descubrir su mundo. Poco a poco la cortina cae sobre el paraíso de la infancia mientras que navegamos hacia Sidney, Melburne, Adelaida, el Cabo de Buena Esperanza y que del puente superior del barco contemplamos la Cruz del Sur que desaparece en el horizonte mientras que se eleva la estrella polar .